

EL PODER DE LA LENGUA

Orville Swindoll

Tuve la dicha de ser criado en un hogar con padres que sabían el valor de las palabras. Me refiero al poder de las palabras. Las palabras de aprecio y afecto animan y elevan el espíritu de una persona, mientras que las expresiones denigrantes y de desprecio desaniman y acobardan.

¿Han pensado en el bien que pueden hacer a otra persona solo con el sabio y bondadoso uso de sus palabras? Así podemos alentar al desanimado y comunicar vigor al cansado. Podemos felicitar a los hijos por un trabajo bien hecho y animarlos en sus estudios, en su carrera o en las relaciones con sus compañeros.

Me acuerdo haber leído algo del famoso autor C.S. Lewis sobre la importancia de elegir bien las palabras que usamos. Pues si escogemos las palabras más apropiadas, ellas comunicarán de por sí lo que queremos decir sin necesidad de enfatizar, subrayar, gritar o repetir mucho.

Me contaron de un predicador que escribió al margen de sus apuntes para su sermón del domingo: «Grita fuerte, que el argumento es débil». Pienso en las ocasiones cuando yo mismo he caído en esa falta, gesticulando mucho o levantando la voz en cuello, sin comunicar algo que valía la pena.

Alguien dijo que habría que poner en marcha el cerebro antes de la lengua. ¡Cuántas situaciones frustrantes y cargadas de emoción pudiéramos evitar si pensáramos bien antes de hablar! ¡Y cuántas ofensas pudiéramos evitar también!

Prestemos atención a las palabras sobrias del rey David en el Salmo 15:1–3:

¿Quién, SEÑOR, puede habitar en tu santuario?

¿Quién puede vivir en tu santo monte?

Sólo el de conducta intachable,

que practica la justicia

y de corazón dice la verdad;

que no calumnia con la lengua,

que no le hace mal a su prójimo

ni le acarrea desgracias a su vecino ...

El que así actúa no caerá jamás.

La Biblia es muy clara con respecto al sabio uso y la disciplina de la lengua.

Afirma que no debemos calumniar ni engañar ni mentir ni exagerar ni maldecir con la lengua. Por el lado positivo, nos exhorta a usar la lengua para proferir bendición, amor, felicidad y ánimo.

Santiago escribió un pequeño libro de cinco capítulos cerca del fin del Nuevo Testamento que está llena de sabiduría y buenos consejos. Entre esos consejos leemos estas palabras al principio del capítulo 3 (vv 1–6):

¹*Hermanos míos, no pretendan muchos de ustedes ser maestros, pues, como saben, seremos juzgados con más severidad.* ²*Todos fallamos mucho. **Si alguien nunca falla en lo que dice, es una persona perfecta, capaz también de controlar todo su cuerpo.***

³*Cuando ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, podemos controlar todo el animal.* ⁴*Fíjense también en los barcos. A pesar de ser tan grandes y de ser impulsados por fuertes vientos, se gobiernan por un pequeño timón a voluntad del piloto.* ⁵***Así también la lengua es un miembro muy pequeño del cuerpo, pero hace alarde de grandes hazañas. ¡Imagínense qué gran bosque se incendia con tan pequeña chispa!*** ⁶***También la lengua es un fuego, un mundo de maldad.*** Siendo uno de nuestros órganos, contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, prende a su vez fuego a todo el curso de la vida.

¡Son fuertes esas palabras! «*La lengua es un fuego, un mundo de maldad*». Sin embargo, les quiero animar, mis hermanos. No es inevitable que la lengua sea así. ¿Qué les parece si determinamos domar ese órgano tan fuerte y agudo, para que sirva los intereses del Señor y para hacer bien al prójimo? Si están de acuerdo conmigo en aprender a usar la lengua para el bien y no para el mal, quiero darles tres sugerencias:

1) Use su lengua al comienzo de cada día para alabar al Señor. Digamos a nuestro ser: «*Bendice, alma mía, al Señor*». Luego, durante el día, cada tanto recordemos a expresar nuestra gratitud y alabanza a Dios por todas sus bondades.

2) Determine que las primeras palabras que comunique a cualquier persona —sea su marido o esposa, sus hijos, sus compañeros de trabajo o de estudio o su pastor— sean palabras de ánimo, de felicitación, de elogio o simplemente el deseo

de bien. Una simple práctica así es capaz de revolucionar nuestras relaciones con otros.

3) Antes de poner en marcha esa máquina que se llama LA LENGUA, piense bien lo que va a decir. Piense dos veces y procure decir de la mejor manera exactamente lo que quiere decir.

Se me ocurre que con estas tres sencillas normas podríamos cambiar el ambiente donde vivimos y actuamos y, sobre todo, podríamos modificar para bien nuestra propia actitud hacia Dios, hacia la familia y hacia los que nos rodean, como también nuestra estima de nosotros mismos.

Comience ahora mismo, diciendo alguna palabra de aliento, de elogio o de felicitación a otra persona cerca de usted.